

¡TRABAJO DE NIÑAS!

TOBIAS hizo un planeador con la hoja de papel que traía y lo lanzó al aire. Se elevó muy bien y el viento lo arrastró lejos. El muchacho se quedó mirándolo contento. Pero se había quedado sin papel y la escuela ya estaba cerrada. Siguió caminando por la acera con su hermanita Elena, cuando se acordó del avioncito que tenía en casa, y dijo:

- ¡Apúrate, Elena, hay muy buena brisa y mi avioncito está esperándome para que lo haga volar!

-Está bien, hombre -contestó la niña, procurando igualar su paso con el de su hermano.

Este quería aprovechar la brisa para jugar con el avioncito, pero cuando se acercó a la casa, se fijó en que la acera y el pórtico estaban sucios y llenos de papeles. No los había barrido en dos semanas. Confió, sin embargo, en que su mamá no lo hubiese notado.

Entraron corriendo a la cocina para saludar a su mamá, que estaba un poco fatigada, pues había estado lavando algunas ropas y estaba a punto de tenderlas. Cuando los niños llegaron, y después del saludo acostumbrado, la mamá les dijo:

-Me alegro que hayan venido temprano. ¿Quieres ayudarme a colgar esta ropa, Elena? No tardará en secarse, pues sopla una linda brisa.

Tobías quiso salir a hurtadillas de la cocina, pero la mamá lo detuvo con estas palabras:

-Tobías, ¿has notado la basura que hay en la acera y en el pórtico?

Esto le indicó al muchacho que ésa no sería la tarde para jugar con su avioncito. La mamá tenía razón. Mirando entonces la canasta que llevaba Elena, le pareció que contenía poca ropa, y dijo:

-A Elena siempre le toca hacer lo más fácil. El trabajo de las niñas es muy poca cosa.

-¿Cómo dijo el señor? ¿Crees que esto de colgar ropa es cosa fácil? Si quieres, cambiemos de trabajo -sugirió Elena.

- ¡De mil amores! Mamá, ¿podemos cambiar? -preguntó Tobías.

-¿Estás seguro que quieres hacerlo? ¿Sabes cómo se cuelga la ropa? -dijo su mamá.

-Sí, sí. Mira, mamá, yo te he visto a ti y a Elena colgar la ropa y es muy sencillo. Yo lo puedo hacer muy bien- contestó Tobías, sonriendo ante la incredulidad de su madre, mientras alzaba la canasta.

-Debes limpiar primero la cuerda; y no juntes la ropa blanca con la de color -le advirtió su mamá, pero él ya no la oía.

Tuvo que subirse a un cajón para alcanzar bien a las cuerdas y limpiarlas. Y mientras lo hacía pensaba: "Verán como termino en un santiamén. Esto es muy fácil."

Pronto estuvo tendiendo la ropa. Su camisa amarilla, su favorita para ir a la escuela, la colgó del cuello y los puños sujetándola con unas pinzas.

En verdad Tobías no dedicó mucho esfuerzo a limpiar las cuerdas porque le parecieron limpias. Sobre los hombros de la camisa colocó las medias.

Las blusas de Elena las puso bien extendidas, cerca de las corbatas, pero no juntas para evitar que se mancharan. Las toallas las puso una encima de la otra y las de la cocina las agarró ambas con la misma pinza.

-¡Qué fácil resultó esto! Y seguramente debo haber terminado antes que Elena -pensó el niño, y se fué disparando para el garage a reparar su avión, pues tenía la hélice rota. Pero al pasar frente a la cocina, oyó a su madre decir:

-Tobías, ¿me haces el favor de traerme tu camisa amarilla y las dos blusas de Elena? Tengo que secarlas con la plancha.

-Muy bien, mamá -dijo el niño, y salió corriendo hacia las cuerdas de la ropa. Cuando regresó y entró en la cocina, vió a su hermanita sentada muy tranquila en una silla, leyendo un libro.

-¿Por qué no fué Elena? -preguntó Tobías.

-Es parte de tu trabajo de hoy -le contestó la mamá-. Tendrás que traerme el resto de la ropa cuando ya se oculte el sol, pero ahora puedes jugar un rato.

El niño no se explicaba cómo se había ocultado el sol tan ligero. Apenas tuvo tiempo de empezar a reparar la hélice de su avioncito. Las toallas de la cocina estaban casi secas, pero todas arrugadas. Las toallas de baño estaban casi tan mojadas como cuando las tendió. La mamá se dió cuenta de esto y, sonriendo, tuvo que extenderlas en una cuerda del cuarto de baño. Ya estaba bastante oscuro dentro de la casa. La mamá le pidió a Tobias que llevara la camisa recién planchada a su cuarto. El no podía verla bien, pero la llevó y la colgó en su lugar.

A la mañana siguiente, cuando ya era tiempo de irse a la escuela, se detuvo a mirar su camisa.

-¡Qué cosa! -dijo, y la puso a un lado.

-No tienes que ponerte esa camisa hoy -dijo su mamá.

El niño examinó las manchas rojas y azules que tenía su camisa en los hombros y también los lunares negros que había en el cuello y los puños.

-¿Saldrán estas manchas de mi camisa, mamá?-preguntó.

-Lo dudo mucho. Anoche traté de quitarle las más oscuras de los puños y del cuello pero no fué posible. No entiendo cómo se hicieron, a menos que. .

Tobías interrumpió entonces a su madre, para explicarle.

-Yo sé qué pasó. Pero me la voy a poner y así me recordará siempre que el trabajo de las niñas es tan importante como el nuestro y que hay que saberlo hacer.

Al oír esto, la mamá le dió un abrazo y ambos se rieron. Mientras tanto Elena gritó desde la puerta:

-Ya es hora de irnos a la escuela. ¡Vamos!